
Evangelizar la cultura un desafío de comunicación

*Gabriel Jaime Pérez, S.J.**

Hacia una caracterización de los retos que le plantea la relación entre comunicación y cultura al compromiso evangelizador de la universidad católica, en el contexto de la realidad colombiana y latinoamericana.

1. Introducción

Nos encontramos próximos a la fecha en la cual se cumplirán los primeros cinco siglos de un proceso histórico cuyo significado suscita polémicas y enfrentamientos: para unos, estos han sido quinientos años de opresión y de despojo cultural; para otros, cinco centurias de expansión victoriosa de la "cultura cristiana" de Occidente sobre las tinieblas del paganismo y el error. En medio de estas dos posturas se encuentra toda una

gama de interpretaciones, unas más cercanas al denunciismo negativo a ultranza y otras más próximas al triunfalismo ingenuo y etnocéntrico. Otras en cambio, tienden más bien hacia un equilibrio que supere las posiciones emocionales e ideológicas.

En medio de esta polémica, el Departamento de Ciencias Religiosas de la Universidad Javeriana, al celebrar sus primeros cinco lustros, ha organizado el presente seminario con el ánimo de invitarnos a una reflexión compartida que significa un desafío a nuestra presencia en Colombia y en Latinoamérica como institución católica de educación superior: ¿Cómo entender y realizar, en la coyuntura actual y en el próximo futuro, nues-

* Director de la Maestría en Comunicación. Facultad de Comunicación Social, Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia.

tro compromiso en la “evangelización de la cultura”?

Cualquier intento serio de respuesta a esta pregunta supone comenzar por una caracterización de lo que entendemos por “evangelización” y por “cultura”. A estos dos términos propongo que agreguemos un tercero, que está necesariamente implicado en cada uno de aquéllos, pero que es conveniente y oportuno explicitar, por la razón que expondré más adelante: el término “comunicación”.

Pero antes de desarrollar esta propuesta de definición de los términos, quiero explicar el sentido del título de la presente ponencia e indicar los límites dentro de los cuales voy a situarme. Ante todo, de ninguna manera pretendo presentar “una caracterización de la cultura latinoamericana y colombiana” en el sentido de descubrir los rasgos de la realidad cultural continental y nacional. Esta sería una tarea, no de una ponencia sino de uno o varios seminarios, y no podría hacerla una sola persona y menos desde una sola disciplina, sino un grupo interdisciplinario en el que estuviesen representados todos los saberes de las llamadas ciencias “humanas” y “sociales”. Por otra parte, no existe “la” cultura latinoamericana, como tampoco “la” cultura colombiana. Lo que sí existe es una realidad pluricultural tanto en el continente como en cada país. Por eso, aunque puedan encontrarse algunos rasgos más o menos comunes, no es posible caracterizar “la” cultura en ninguno

de esos ámbitos. Lo que sí me parece posible es el intento de proponer algunas pistas, desde el estudio de la relación entre comunicación y cultura —que es el que le corresponde a una disciplina científico-social como la “comunicología”—, hacia lo que podríamos llamar una “caracterización” de los retos que le plantea dicha relación al compromiso evangelizador de la universidad católica.

2. Propuesta de definición de los términos

Por **evangelización** propongo que entendamos lo que planteaba acerca de este concepto la Exhortación sobre el “Anuncio del Evangelio hoy”, promulgada en 1975 por el Papa Paulo VI: “Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva (Ev-Angelion) a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar la misma humanidad (...). La finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia (que es la comunidad de todos los creyentes en Jesucristo) evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos” (Cf. E.N. 18).

El contenido de esa “Buena Nueva” o “Buena Noticia” es Jesucristo, en quien el creyente reconoce la presen-

cia personal de un Dios que salva, que libera al hombre, por la acción de su Espíritu, de toda forma de esclavitud, empezando por la raíz de todas las esclavitudes que es el "egoísmo".

Se trata, pues, de una noticia de libertad: Libertad que —como dice el Documento de Puebla, correspondiente a la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en 1979 e inaugurada por Juan Pablo II—, "implica siempre aquella capacidad que en principio tenemos todos para disponer de nosotros mismos a fin de ir construyendo una comunión y una participación que han de plasmarse en realidades definitivas, sobre tres planos inseparables: la relación del hombre con el mundo, como señor; con las personas como hermano y con Dios como hijo" (Puebla, 322). "Por la libertad —sigue diciendo el Documento de Puebla—, proyectada sobre el mundo material de la naturaleza y de la técnica, el hombre —siempre en comunidad de esfuerzos múltiples—, logra la inicial realización de su dignidad: someter el mundo a través del trabajo y de la sabiduría y humanizarlo, de acuerdo con el designio del Creador" (Puebla, 323).

Todo esto es lo que significa, en los términos bíblicos, la realización del "Reino de Dios" como contenido de la evangelización, personificado y "hecho carne" en Jesús de Nazareth: Reino de la libertad y de la vida, reino de la justicia y de la verdad, reino de amor y de la paz, que empieza a ser

posible para todo ser humano a partir de una acogida sincera del proyecto liberador de Jesucristo, con todo lo que éste implica en su misterio pascual de muerte y resurrección.

Por **cultura** propongo que entendamos en la forma más amplia de concebir el significado de este término, el conjunto de modos concretos como viven los hombres y mujeres de un lugar y una época determinados. O, empleando la definición que da el Concilio Vaticano II, "el estilo de vida común" que caracteriza a los diversos pueblos, por lo cual se habla de una "pluralidad de culturas" (Cf. G.S. 53).

Y más específicamente, como la define el Documento de Puebla, precisamente en la sección dedicada al tema de la "evangelización de la cultura": "La cultura, así entendida, abarca la totalidad de la vida de un pueblo: el conjunto de valores que lo animan y de desvalores que lo debilitan, y que, al ser participados en común por sus miembros, los reúne sobre la base de una misma 'conciencia colectiva'. La cultura comprende, asimismo, las formas de las cuales aquellos valores o desvalores se expresan y configuran, es decir, las costumbres, la lengua, las instituciones y estructuras de convivencia social, cuando no son impedidas o reprimidas por la intervención de otras culturas dominantes" (Puebla, 387).

Ahora bien, si —como lo señala el Vaticano II citado a su vez en el

Documento de Puebla—, “con la palabra ‘cultura’ se indica el modo particular como en un pueblo los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios” (Cf. G.S. 53 y Puebla 386), esto quiere decir que, desde la reflexión misma de la Iglesia sobre su misión evangelizadora en el mundo moderno, se reconoce que la realidad cultural abarca todas las formas y expresiones de la vida humana, históricamente situada, tanto en la perspectiva de lo inmanente como en la de lo trascendente.

Asimismo, y continuando en la línea de la conexión entre el Vaticano II y Puebla, si “con la palabra ‘cultura’ se indica (...) todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales, (...) hace más humana la vida social mediante el progreso de las costumbres e instituciones. (...) y a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias (...) para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano” (Cf. G.S. 53), esto significa que “la cultura es una actividad creadora del hombre, con la que responde a la vocación de Dios que le pide perfeccionar toda la creación” (Cf. Puebla 391).

Por **comunicación** propongo que entendamos el conjunto de procesos y actos de relación entre sujetos que, en un contexto social-cultural, evocan, comparten y construyen en común contenidos de significación, a

partir de la producción, y los usos de mensajes verbales y no verbales. En otras palabras, propongo que asumamos una de las definiciones más breves que se han dado del término, pero que nos remite a una amplia complejidad de fenómenos socioculturales: “comunicar es compartir el sentido”. “Poner en común”, “compartir” son conceptos que remiten al diálogo en cuanto interacción participativa, el cual constituye a su vez la esencia y finalidad de la comunicación humana. Por eso no se puede definir el significado de lo comunicacional sin señalar su realización en términos de reciprocidad, a partir de la participación activa, autónoma y creativa de los sujetos implicados. Por lo tanto, no es posible formular válidamente una definición de la comunicación, si nos quedamos en el plano de la descripción funcional de unos procesos de información y de persuasión o en el de un reconocimiento de los fenómenos de significación simbólica; ambos planos están necesariamente implicados en la comunicación, pero ésta adquiere su nivel plenamente humano, cuando existe un proceso de participación dialógica en el que cada persona es reconocida y puede actuar como sujeto, no sólo receptor de mensajes, sino también productor de sentido.

Pero, ¿por qué introduzco aquí el concepto de comunicación? Por una razón a mi manera de ver muy simple: no puede existir “evangelización” ni “cultura” sin comunicación. En otras palabras, propongo que enten-

damos y asumamos la comunicación, tal cual ha sido definida, como la condición fundante de una auténtica “evangelización de la cultura”. Por una parte, la relación entre evangelización y comunicación es evidente en la caracterización misma que hemos hecho del primer término, como también en la del segundo; por eso mismo, el Documento de Puebla reconoce expresamente que “la evangelización, anuncio del Reino, es comunicación”, y que “por tanto, la comunicación social debe ser tenida en cuenta en todos los aspectos de la transmisión de la Buena Nueva” (Puebla, 1063), para que la evangelización, como nos dice Juan Pablo II, sea “nueva en su ardor, en su expresión y en sus métodos”; y por esa misma razón, no solamente hoy, sino desde los comienzos de la difusión del Evangelio a través de la predicación de los primeros discípulos de Cristo, la palabra estuvo unida a un despliegue progresivo de las posibilidades de la imagen, en virtud de una dinámica encarnatoria, y la proclamación a un espíritu de diálogo que hizo posible la participación constructiva en las primeras comunidades.

Por otra parte, la relación entre comunicación y cultura es también de carácter esencial, de tal manera que no se puede pensar la una sin la otra. Esto se echa de ver, por ejemplo, al revisar tres planteamientos implicados en la definición de “cultura” presentada en el Documento de Puebla: el referente a la “conciencia colectiva”, el que corresponde al “con-

junto de valores participados en común” y el que caracteriza la cultura como “actividad creadora” del hombre, actividad que implica a su vez el desarrollo constante de las capacidades para comunicarse, para compartir el sentido, tanto a través del cuerpo y de su entorno físico, que constituyen el medio original o la mediación primera de la comunicación humana, como a través de las cada vez más complejas tecnologías de la expresión simbólica; extensiones culturales que hacen posible, según el uso intencional que se les dé, la ampliación y el perfeccionamiento de las relaciones sociales de comunicación en el contexto de múltiples mediaciones.

A partir de la referencia a esos tres conceptos de la relación entre comunicación y cultura —“conciencia colectiva”, “conjunto de valores participados en común” y “actividad creadora”—, voy a intentar una caracterización de los que a mi juicio son los retos fundamentales que dicha relación le plantea al compromiso evangelizador de la universidad católica. Cada uno de ellos constituye a su vez un campo de desafíos que seguramente habrá que concretar mucho más en una profundización sobre sus implicaciones específicas con respecto a la realidad estructural y coyuntural de nuestro país y del continente americano. Yo me limitaré aquí a señalar los retos y a iniciar unas cuantas reflexiones en términos de interrogantes.

3. Retos referentes a la "Conciencia Colectiva"

a) *El reto de la identidad cultural:*

Este primer reto es el que corresponde al problema de la pregunta por el sentido del "nosotros" latinoamericano y colombiano. ¿Qué queremos decir y a qué nos referimos en la práctica, cuando hablamos de "nosotros" los latinoamericanos, o de "nosotros" los colombianos?

Lo primero que hay que responder a esta pregunta es que tal pronombre se refiere a una pluralidad de culturas de orígenes diversos y de características diferentes, tal como ya lo he indicado en la introducción. Esta diversidad, que constituye la pluralidad cultural en el continente y dentro de cada uno de los países que lo integran, a partir de la triple vertiente aborigen, ibérica y africana, a la cual se han venido añadiendo desde los tiempos mismos de la conquista y de la colonia otros elementos provenientes del resto de Europa, como también del Cercano y del Extremo Oriente, implica una riqueza de expresiones y de formas concretas de ver y vivir la vida, cuya variedad y cuyas posibilidades y realidades de encuentro y de simbiosis significan el presente y el futuro de un mestizaje que, a su vez, está llamado a respetar y valorar, las identidades autóctonas que dentro y fuera de él, tanto en el ámbito agrario como en el urbano, existen y se desarrollan como culturas específicas.

No se trata, por lo tanto, de entender y vivir el "nosotros" latinoamericano y colombiano como un proyecto de uniformidad homogeneizadora —propio de la llamada "cultura universal" (Puebla 420-428)—, sino como una instancia dinámica de reconocimiento de lo plural a partir de una conciencia de alteridad que respete y promueva al otro como "otro", con iguales derechos —no sólo en cuanto individuo, sino también como grupo o colectividad cultural—, superando así cualquier intento de asimilación etnocéntrica. En este sentido, el reto de la identidad cultural se plantea desde la relación comunicación-cultura, como relación fundada en la afirmación de la alteridad; pero no de una alteridad que aisle a unos conjuntos culturales de otros, sino todo lo contrario: que permita el encuentro constructivo y creador de cada vez más nuevas y mejores formas de convivencia.

Para ello, la clave de una solución al problema del "nosotros" latinoamericano y colombiano que supere los chauvinismos nacionalistas y regionalistas, me parece que está en el reconocimiento de nuestra identidad común, desde la realidad sociocultural de los pobres: de "los pobres de la tierra", por quienes decía José Martí que quería echar la suerte. Y esto, no con la actitud romántica del conservadurismo folclorista, sino con la voluntad sincera de comprometernos a fondo en la construcción de relaciones de fraternidad y solidaridad desde la identificación con los problemas,

los anhelos y las aspiraciones de liberación de las mayorías y minorías desposeídas. A este respecto, es significativa la descripción que hace Puebla de los "rostros" que adquiere en América Latina la situación de extrema pobreza generalizada (31-39):

"Rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables, y de niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral y familiar; rostros de jóvenes desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad, frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación; rostros de indígenas y con frecuencia de afroamericanos, que viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres; rostros de campesinos que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan; rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos; rostros de sub-empleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económi-

cos; rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales; rostros de ancianos cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen". Sólo a partir del reconocimiento de estos rostros y de la solidaridad con sus angustias, lo que algunos con cierto desprecio llaman la "cultura popular", tendrá un sentido nuevo de posibilidad constructiva que supere dialécticamente las demagogias y los populismos, tanto de izquierda como de derecha.

b) El reto de la participación:

Al definir la comunicación, señalá- bamos como su nota esencial y que da sentido auténticamente humano a los procesos de intercambio de información y de simbolización, el concepto de "participación dialógica". En todas las culturas de nuestro continente y de nuestra nación, desde las precolombinas hasta nuestros días, se ha manifestado en distintas formas y se sigue manifestando una necesidad inherente a todo ser humano: la de participar activamente en los procesos sociales, cada cual según sus propias posibilidades y peculiaridades. Esta necesidad, tanto en el ámbito de lo nacional como en el de lo internacional e intercontinental, no ha encontrado solución en las estructuras vigentes. Los anhelos de participación democrática se ven constantemente frustrados en todos los

campos de las instituciones sociales, y de ello no se escapan ni la Iglesia ni los planteles católicos de educación superior.

Preguntémosnos: ¿Cuál es el proyecto político —en el sentido más amplio de este término— por el cual ha optado implícita o explícitamente nuestra universidad? ¿Cómo se manifiesta en sus estructuras vigentes? ¿Es un proyecto de amplia participación de diálogo, tanto al interior de sí misma como en sus relaciones con el entorno social? Una educación superior en y para la participación es condición esencial del paso de una conciencia heterónoma a una conciencia autónoma, de una conciencia autoritaria a una conciencia humanista, de una conciencia irresponsable a una conciencia responsable, tanto en el plano de lo individual como en el de lo social. Sin embargo, la participación en nuestro sistema educativo e investigativo deja todavía mucho que desear. A este respecto es preciso distinguir la participación del consumo. Este es necesario, pero adquiere su pleno sentido humano, sólo si se da la participación activa de los sujetos como tales en los procesos de producción y uso de contenidos informativos y de significación, así como en sus implicaciones con respecto a la toma de decisiones y orientación de la vida.

Por eso, desde la relación entre comunicación y cultura, el reto de la participación es una de las características de la problemática sociocul-

tural de nuestro continente y concretamente de Colombia, que pese a su afamada tradición “democrática” no parece estar actualmente en condiciones que permitan una genuina participación de todos los sectores de su población en los procesos sociales, tanto en los campos de lo micro como de lo macroinstitucional: desde la institución familiar, pasando por las educativas y las religiosas, hasta las económicas y políticas.

4. Retos referentes al “Conjunto de Valores Participados en Común”

a) ¿“Inversión” o “crisis” de valores?

Con esta interrogación caracterizo este otro reto que me parece crucial y que se manifiesta especialmente en la situación coyuntural en que está viviendo nuestro país, como también nuestro continente y el mundo entero, en una época marcada por los conflictos que ha venido implicando el paso de la modernidad a la posmodernidad. (Podríamos preguntarnos si en el caso de Colombia en gran parte lo que se está viviendo es más bien el paso de la premodernidad a la modernidad). Ante esta problemática, ha venido ganando terreno un discurso que emplea el término “inversión de valores”, no en el sentido de la distorsión de los fines o categorías axiológicas pertinentes a la realización de la dignidad de la persona humana, sino en la perspectiva de una nostalgia neoconservadora por

volver a normas y formas de vida propias del pasado. "Todo tiempo pasado fue mejor", es el grito desgarrador, acompañado del rasgamiento de las vestiduras de las mentes ancladas en las glorias pretéritas, anquilosadas en el culto estático a la tradición por la tradición misma.

Por todo cuanto acabo de indicar, me parece que es mejor hablar de "crisis de valores" que de "inversión". El concepto de crisis tal vez es más adecuado, por cuanto hace referencia a los procesos estructurales y a los momentos coyunturales a partir y en virtud de los cuales, si se los vive y se los asume como ocasiones de crecimiento, se desarrollan y se superan tanto los individuos como las colectividades humanas. La crisis implica posibilidad "pascual" de cambio constructivo, aunque también comporta la eventualidad de la destrucción total. De ahí el carácter de reto que nos plantea la situación de crisis que vivimos, y que en la perspectiva de la relación entre comunicación y cultura, significa el desafío del afrontamiento en la confrontación dialéctica y dialógica (no violenta), opuesta a la conformidad y a la aceptación retórica de la normatividad autoritaria y paternalista.

b) Valores y desvalores "participados en común"

En el Documento de Puebla, dentro del capítulo pertinente a la "Visión socio-cultural de la realidad de América Latina", se hace referencia a algunos rasgos significativos "que nos

llenamos de esperanza" y que por eso mismo pueden considerarse como *valores positivos* participados en común. Pero eso sí, siempre y cuando se orienten, como hemos dicho antes, a la realización de la dignidad del ser humano, con todo lo que ello implica. Dice Puebla que "el hombre latinoamericano posee una tendencia innata para acoger a las personas, para compartir lo que tiene, para la caridad fraterna y el desprendimiento, particularmente entre los pobres; para sentir con el otro la desgracia en las necesidades. Valora mucho los vínculos especiales de la amistad, nacidos del padrino, la familia y los lazos que crea" (17). "Ha tomado mayor conciencia de su dignidad, de su deseo de participación política y social, a pesar de que tales derechos en muchas partes están conculcados. Han proliferado las organizaciones comunitarias como movimientos cooperativistas, etc., sobre todo en sectores populares" (18). "Hay un creciente interés por los valores autóctonos y por respetar la originalidad de las culturas indígenas y sus comunidades. Además se tiene un gran amor a la tierra" (19). Nuestro pueblo es joven, y donde ha tenido oportunidades para capacitarse y organizarse ha demostrado que puede superarse y obtener sus justas reivindicaciones" (20).

En el campo de la educación, y concretamente en el de la educación superior que es el que nos toca a nosotros más de cerca, este discurso no solamente constituye una posibilidad,

sino también, en más de un caso, una realidad vigente. Ante la inseguridad que genera la situación de conflicto, se tiende a buscar entonces, desesperadamente, la imposición de una autoridad fuerte, que nos “devuelva” al orden preestablecido desde siempre, como tabla a la que se aferra el náufrago ante el temor de tener que optar y decidir por sí mismo, autónoma y participativamente. Es, ni más ni menos, el “miedo a la libertad” del que hablaba a mediados de este siglo un célebre psicólogo crítico. ¿Es este miedo el que está caracterizando actualmente en América Latina, y específicamente en Colombia, a ciertos movimientos y expresiones socio-culturales para los que “convertirse” significa volver al pasado? “Convertirse”, en el sentido originario de la palabra griega “metanoia” (=conversión), significa todo lo contrario: cambiar de mentalidad en una dinámica de búsqueda de un porvenir *nuevo*. Esto implica riesgo y aventura, incertidumbres e inseguridades como las que han significado todas las experiencias culturales desarrolladas en la dinámica bíblica del camino que hay que emprender hacia nuevos horizontes, como las simbolizadas en los relatos sobre el patriarca Abraham en el libro del Génesis o sobre Moisés en el libro del Exodo, y como la experiencia cristiana primitiva en el Nuevo Testamento.

Porque el contenido de los valores auténticamente humanos no está ya dado estáticamente en las normas y formas pasadas, ni siquiera en las

presentes, sino que en la perspectiva del futuro por construir y esperar activamente, siempre es posible ver y realizar la vida de una manera nueva. Eso sí, todo ello a condición de que en esos modos nuevos de vivir, en esas transformaciones de la cultura y de las culturas, se respete y se promueva todo cuanto constituye la dignidad de la persona humana como individuo en comunidad, y por lo tanto se relicen progresivamente los valores correspondientes a tal dignidad: la búsqueda de la verdad, la práctica de la justicia y el ejercicio de la libertad, que son los pilares axiológicos que le dan sentido humanizador a todo el conjunto de valores que pueden ser participados en común en una cultura determinada.

A todos estos valores presentes en nuestra realidad cultural, tanto latinoamericana en general como colombiana en particular, se suman otros entre los cuales conviene destacar, como positivos y esperanzadores, los siguientes: el sentido del humor y la capacidad para reírnos de nosotros mismos; la riqueza musical en toda la variedad de sus manifestaciones folclóricas y populares; el sentido lúdico de la vida; la disponibilidad para el riesgo; la extraordinaria capacidad para conservar y enriquecer la memoria y la imaginación popular a través de las distintas formas del relato, que le han dado gloria universal a nuestras expresiones literarias y que han recreado el imaginario en los medios de comunicación masiva tales como la radio, el cine y la televisión; la sen-

sibilidad que se manifiesta en tantas y en tan variadas formas de la expresión artística y artesanal, como también en la religiosidad popular, y todo esto potenciado, especialmente en el ámbito de las culturas populares, por una comunicación de contexto amplio, en la que, por encima de los pragmatismos utilitarios, se le da mucho más importancia en las actividades cotidianas al fortalecimiento de las interrelaciones sociales y comunitarias.

Pero frente a los rasgos axiológicos positivos, se dan también los llamados *desvalores* (antivalores o contravalores), igualmente participados en común, que constituyen factores de deterioro cultural, al deshumanizar a los individuos y a las colectividades. Entre ellos, al referirse a la "crisis de valores morales", Puebla señala "la corrupción pública y privada, el afán de lucro desmedido, la venalidad, la falta de esfuerzo, la carencia de sentido social, de justicia vivida y de solidaridad, la fuga de capitales y de cerebros" (69). Esto último, vinculado a una transnacionalización de la cultura, que orienta los modelos y modos de vida, siguiendo las pautas del "tío" del norte o del "abuelo" europeo. Y, más específicamente, el mismo documento señala los siguientes rasgos negativos: el materialismo individualista (55); el consumismo, con su ambición descontrolada de "tener más", que paraliza al individuo para la comunicación solidaria y la participación fraterna (56); el deterioro de los valores familiares básicos, que

desintegran la comunidad familiar, eliminando la participación responsable (57); en algunos grupos culturales, todavía la mujer se encuentra en inferioridad de condiciones —fenómeno ligado al "machismo", típico de la latinoamericanidad e introyectado por la mujer misma— (57); el hedonismo que impulsa a los vicios del juego, la droga, el alcoholismo, el desenfreno sexual (58).

Añade luego Puebla que todos estos rasgos culturales "se ven influidos fuertemente por los medios de comunicación social" (62). Sin embargo, hay que hacer notar que no son los medios en sí, sino una determinada forma de su empleo, lo que ocasiona tal influencia en el reforzamiento de los antivalores, cuando al someterse a la tiranía del impacto caen en el sensacionalismo y cuando al ceder al impulso de lo novedoso caen en el espectacularismo. A este respecto me parece importante notar también cómo un determinado uso de los medios de comunicación ha reducido el contacto con la realidad a la observación superficial de un espectáculo. El público lector, radioyente, cinéfilo o televidente se convierte entonces en simple espectador y se desentiende de la exigencia de ser actor comprometido en la transformación de la realidad histórica en que vive, al limitarse a mirar su distorsión bajo el lente de la fantasía. Pero, igualmente, es necesario tener mucho cuidado al hacer este tipo de observaciones críticas, para no ponernos en el extremo de las denuncias apocalípticas que nie-

gan o reprimen neoplatónicamente el valor de lo sensible y de lo lúdico, que también es susceptible de ser potenciado en forma humanizadora por los mismos medios de comunicación, y más concretamente por la llamada "cultura de la imagen".

A los desvalores descritos en el documento de Puebla creo que hay que agregar otros que, por lo demás, están estrechamente vinculados a la "visión determinista" del hombre, una de las formas distorsionadas de concebir el mundo y la vida, según la describe el mismo documento: "No se puede desconocer en América Latina la erupción del alma religiosa primitiva a la que se liga una visión de la persona como prisionera de las formas mágicas de ver el mundo y actuar sobre él. El hombre no es dueño de sí mismo, sino víctima de fuerzas ocultas. En esta visión determinista, no le cabe otra actitud, sino colaborar con esas fuerzas o anonadarse ante ellas. Se agrega a veces la creencia en la reencarnación por parte de los adeptos de varias formas de espiritismo y de religiones orientales. No pocos cristianos, al ignorar la autonomía propia de la naturaleza y de la historia, continúan creyendo que todo lo que acontece es determinado e impuesto por Dios" (Puebla 308).

En este contexto podríamos situar el fenómeno de las sectas religiosas de distintas denominaciones, como también el de la llamada "iglesia electrónica", que se manifiesta a través del uso masivo de la radio y la televi-

sión, para convertir la religión en una especie de droga que alivia y tranquiliza al individuo, al proporcionarle una evasión narcótica del compromiso sociopolítico.

Sin embargo, también aquí hay que hacer una precisión: ciertos criterios propios de mentalidades excesivamente racionalistas tienden a despreciar las formas de manifestación de la religiosidad popular como ingenuas y alienantes, cuando, en realidad, si miramos un poco más detenidamente a su trasfondo de significación, muchas de ellas encierran elementos riquísimos de resistencia al sistema injusto vigente y de potencialidad liberadora y participativa. Lo que sí me parece que deben considerarse como desvalores culturales son el fatalismo paralizador y el fanatismo irracional y violento. Pero esta reflexión voy a desarrollarla a continuación.

5. Retos referentes a la "Actividad Creadora". Hacia una cultura de la Paz

Finalmente he creído oportuno referirme al problema sociocultural de la violencia en todas sus manifestaciones, como uno de los rasgos característicos de Latinoamérica, y concretamente de Colombia, país al que algunas estadísticas señalan como el más violento del mundo. De hecho, toda forma de violencia, en cuanto manifestación de agresividad destructiva, es en sí un contravalor, y por lo tanto podría estar incluido en la sección anterior de esta exposición.

Sin embargo me ha parecido mejor referirme a este tema en una sección aparte, por razones obvias en la coyuntura que está viviendo el país, aunque a decir verdad no se trata simplemente de un problema coyuntural, sino estructural.

a) En primer lugar, al abordar la problemática de la violencia en la perspectiva de una búsqueda de soluciones, creo que debemos empezar por concebir la paz, no como la ausencia de conflictos sobre la base de una aceptación conformista del poder del más fuerte, sino como realización progresiva de un proceso de liberación que implica situaciones de crisis —en el sentido en que ya hemos hecho referencia a este concepto—. Por eso creo que una cierta manera de elaborar el discurso de la “reconciliación” podría estar distorsionando el profundo sentido bíblico, evangelizador y sacramental de este término. Porque si por “reconciliación” entendemos la complicidad con los poderosos y con los violentos, a quienes se magnifica con frecuencia a través de los medios y se les reverencia según la ley de la jungla, nada más lejano del Evangelio.

b) Pero, por otra parte, hay que superar también la posición farisaica y maniquea de quienes, siguiendo el esquema estereotipado impuesto por cierta forma de espectacularismo reinante en la comercialización masiva del entretenimiento y de la informa-

ción, conciben al mundo como un escenario de lucha entre los “buenos” y los “malos”, colocándose de entrada en el campo de los primeros y situando a todos los demás en las filas de los segundos. No hay que olvidar que toda absolutización de una postura, como si fuera la única válida y la que hay que imponer a toda costa por la fuerza si es preciso, es propia del fanatismo y todo fanatismo conduce precisamente a ampliar la espiral de la violencia.

c) El narcotráfico, la guerrilla y el paramilitarismo son manifestaciones de esa espiral que tiene su primer círculo en la injusticia estructural sobre la cual está construido y sigue afianzándose nuestro sistema social vigente. Tal injusticia es la “primera violencia”, de la cual la delincuencia, la subversiva y la represiva no son más que consecuencias lógicas. Por eso el reto que le plantea el problema de la violencia a la evangelización de la cultura y de las culturas en Latinoamérica y en Colombia, específicamente en lo que se refiere al compromiso de la universidad católica aquí y ahora, en el presente y en el próximo futuro, me parece que es el de una indagación a fondo sobre la raíz misma de los fenómenos, con lo que ello implica en términos de investigación comprometida. Pero también en lo que implica de acción eficaz, sin dilaciones. Porque no se trata de quedarse en la indagación de las causas ni en el denunciismo estéril, sino de proponer soluciones concretas, asumiendo opciones políticas claras

en el sentido amplio de la política, a la luz de lo planteado en torno a la “conciencia colectiva” y al “conjunto de valores y desvalores”, en un am-

biente de diálogo participativo, pluralista e interdisciplinario, que supere los arranques emocionales y las posturas maniqueas.